

E SCARLATA O'Hara no era bella, en realidad, pero los hombres no solían darse cuenta de ello hasta después de quedar cautivos en su sutil hechizo". Estas palabras, con las que la escritora Margaret Mitchell comienza su novela "Gone with the wind", resultaron premonitorias. Escarlata y la dulce Elena, née Robillard, el tempestuoso Gerald, el negligente Ashley, el cínico y musculoso Rhett Butler, la bondadosa Melania Wilkes y todos los demás no han dejado, en más de cuarenta años, de cautivar a los hombres

|| **LO QUE EL VIENTO SE LLEVO** ||

CURENTA AÑOS DE AMOR Y NOSTALGIA

RAMIRO CRISTOBAL

con su, como decía la Mitchell, sutil hechizo.

La novela, traducida hoy al menos a catorce lenguas, ha lanzado una cantidad de millones de copias casi imposible de calcular. La película, obra de la magia conjunta de un singular equipo, se repone con la frecuencia que aconseja una siempre positiva respuesta de taquilla. Bien lejos estaba de imaginar, seguramen-

te, aquella mujercita de Georgia, que se le ocurrió escribir un folletín histórico sobre los avatares de su Estado, que la cosa había de llegar donde llegó. Ironías de los tiempos: la Georgia vencida, empobrecida, humillada, con un Gobierno militar yanqui, que aparece en la novela, ha conseguido sentar, cien años más tarde, a uno de sus granjeros en el sillón presidencial.

Pero hubo otros tiempos en los que no existían los pozos de petróleo de Texas, ni el gran circuito turístico de Florida, ni las multinacionales del Sur. En esa época, hacia mediados del siglo pasado, se recogía el algodón entre dulces cantos de esclavos negros, se montaba a caballo y se cazaba, se celebraban fastuosas barbacoas y elegantes saraos, se conqueaba, con hábiles movimientos de pestañas, tras los abanicos y se hacía profesión de honor y caballerosidad. Curiosamente, todo este mundo que se llevó el viento de la Historia, con sus sedas y sus miriñaques, sigue teniendo un imperecedero atractivo para los hombres y mujeres de las más diversas latitudes. Treinta y tantos años después de su estreno en España, la gente aguanta las colas como en los sufridos tiempos de las restricciones y las cartillas de racionamiento. Hoy como ayer, "Lo que el viento se llevó" sigue atrayendo a millares de personas, muchas de las cuales han visto la película una o varias veces en ocasiones anteriores. La magia de las imágenes parece inagotable.

Pero, ¿de dónde viene esa fuerza inacabable? ¿Cuál es el secreto de su eterno vigor y juventud? Seguramente, como en la mayoría de los casos en que una

Escarlata
O'Hara
(Vivien
Leigh)
y Rhett
Butler
(Clark
Gable).

LO QUE EL VIENTO SE LLEVO

obra de creación conecta con la gente, la respuesta es el misterio. Las explicaciones son tan obvias como el hecho mismo de su éxito. No obstante, he ahí los peldaños del gran idolo que millones de personas no se cansan de rendir culto humilde y fiel; aun en un mundo en el que los vientos, vertiginosos, traen cada año, cada mes y cada día nuevos campos de algodón, nuevos esclavos cantarines y nuevos cantos de sirena. Que éstas lleven el nombre de Escarlata O'Hara u otro cualquiera parece no ser cosa de vital importancia.

El amor, los cañones y los buenos negritos

Tomemos en primer lugar la Historia. ¿Qué se cuenta en "Lo que el viento se llevó"? Por lo menos tres cosas: una o varias historias de amor, la gran guerra civil americana y, por último, la reivindicación del mundo aristocrático y esclavista del viejo Sur.

Hay que decir, de entrada, que la novela es un magnífico folletín hecho con endiablada habilidad. Cierta que los personajes tienen una forma de ser y comportarse hecha a grandes chafarines, tal como exige un "best-seller", pero la autora tuvo el exquisito cuidado de no hacerlos de una pieza. Si exceptuamos a Melania Hamilton, no hay buenos y malos en la obra. Los personajes están dibujados a brochazos, pero al menos no son todos del mismo color. Lo mismo podría decirse de la heroica resistencia al final feliz. Margaret Mitchell dejó el final "abierto", aunque, en honor a la verdad, no lo suficiente como para que el lector no tenga la casi seguridad de que, un poco más tarde, Escarlata y Rhett acabarán viviendo un eterno y venturoso amor.

Realmente el centro de la obra es eso, el amor. Unos amores en la mejor tradición romántica, es decir, marcados por un hado fatal que los hace imposibles. Escarlata quiere a Ashley, pero éste debe casarse con una damisela de su propio clan familiar que es Melania Hamilton. A su vez, Rhett quiere a Escarlata, pero se interpone el amor de Ashley. Claro está que todos estos obstáculos insalvables son tan artificia-

les, tan de cartón piedra, que el lector se desespera de que causas tan increíbles y tan nimias arrastren desgracias tan enormes. Como suele ocurrir en las novelas románticas, el lector se ve tentado a intervenir para avisar a los personajes, para ayudarlos a quitarse de una vez los corsés ficticios de sus prejuicios y ser felices. Pero cuando esto ocurre, el hombre de la calle que sigue la trama novelesca ha quedado parcialmente atrapado.

Tras el amor, los cañones. Hay una cruel guerra en la que lo de menos son los motivos. Los jóvenes caballeros del Sur marchan alegres y conmovedoramente valerosos. Son héroes harapientos y llenos de piojos, pero siempre altivos y denodados, defienden su tierra y sus familias. Cuando el general Sherman incendia Atlanta, nosotros, espectadores,

cil de comprender, pero sentimentalmente asumida.

Por fin está ese mundo jerarquizado de aristócratas blancos y servidores —esclavos— negros que la señora Mitchell se empeña en mostrarnos como idílico. ¡Ah, los rojos atardeceres en la plantación! Los blancos, en sus mecedoras, desde el porche de sus blancas mansiones, contemplan paternales a sus negros que vuelven cansados y alegres de los campos. Las buenas amitas los cuidan cuando enferman y cuando sus mujeres dan a luz. Los fieles criados no quieren ser libres: saben que sin sus dueños no son nada; su corta inteligencia les devolvería en muy poco tiempo al salvajismo, el canibalismo y la idiotéz. Desde luego que sólo es leyenda los latigazos, las persecuciones de cimarrones con perros, las ventas de un miembro

todo parece eterno, precisamente porque nadie, negros o blancos, trata de salir del lugar que le concedió el buen Dios.

Durante el llamado "renacimiento literario del Sur", a partir de los años treinta, los escritores tuvieron que decidirse por la sociedad bien establecida de sus abuelos o abrirse a un nuevo mundo. La mayoría de ellos —Caldwell, Faulkner, Richard Wright...— tomaron la opción progresista, pero en otro sentido, jamás se sintieron muy convencidos por el tipo de industrialización estandarizada que le estaban imponiendo a "su" Sur. Margaret Mitchell resolvió el dilema decidiéndose por la nostalgia y admitiendo la inevitabilidad de la evolución por dolorosa que ésta fuera. Este es uno más de los atractivos de su obra, reaccionaria sin duda, pero lige-



repudiamos su acción, porque para entonces conocemos a todos y cada uno de los personajes que allí viven, incluidas las propias Escarlata y Melania, que se encuentran en el trance más apurado de su joven y encantadora existencia. También aquí quedamos prendidos de la sublime locura de morir por una causa difi-

de la familia, separando a esposos y a madres de hijos. Sólo invenciones de Harriett Beecher Stowe, que consiguió embaucar a todos esos yanquis con "La cabaña del tío Tom".

Y por encima de todo, la Arcadia feliz de un mundo rural, presidido por las buenas maneras, la suavidad y la armonía en la que

ramente abierta a los nuevos tiempos.

Dos ingleses y dos yanquis

La década de la depresión estaba terminando. Los editores habían inventado la fórmula de



En la página contigua, Melania Hamilton (Olivia de Havilland), Ashley Wilkes (Leslie Howard), tío Pedro el cochero, tía Pittypat (Laura Hope Crews) y Escarlata, en casa de tía Pitty, en Atlanta. Sobre estas líneas, Escarlata con Mamá (Hattie McDaniel).

las gruesas novelas para llenar los muchos vacíos de una gente con muchas preocupaciones. Estos editores recordarían largo tiempo los dividendos fabulosos que les habían proporcionado los "best-sellers" más importantes de esos diez años: "La buena tierra", de Pearl S. Buck; "Las uvas de la ira", de Steinbeck, y, precisamente, "Lo que el viento se llevó". Probablemente por eso Hollywood decidió que lo que era bueno para la literatura de evasión podía serlo también para el cine. Todo consistía, en definitiva, en dejar incólume la magia de la historia e incluso darle rostro real aumentando su proximidad al espectador. Entonces comenzó la epopeya del productor David O. Selznick.

Selznick había comprado los derechos de la novela de Margaret Mitchell, la cual había peregrinado por las mesas de los productores más importantes. Desde el principio se planteó el hacer una enorme película, tanto por lo fastuoso de su ambientación y efectos especiales como por su longitud, que debían constituir, conjuntamente, una gran epopeya cinematográfica, cuya huella fuera imborrable para los espectadores.

El primer gran acierto fue la elección de actores. Clark Gable, para el papel de Rhett Butler, era inmejorable. La descripción de la Mitchell retrata al actor: "Era

alto y bien formado... Cuando sus miradas se encontraron, él sonrió, mostrando una dentadura blanca como la de un animal bajo un bigote negro y recortado... Su rostro era frío e indiferente y su boca tenía un gesto cínico mientras sonreía". De la misma manera el actor inglés Leslie Howard (Londres, 1893), tan elegante y remilgado, era un magnífico Ashley Wilkes, el dubitativo amor eterno de Escarlata. También Olivia de Havilland era muy buena para hacer de Melania Hamilton. La duda mayor estuvo en el personaje central de Escarlata O'Hara, que debía estar en plano prácticamente las cuatro horas. Hubo un montón de candidatas, pero al final fue elegida una jovencita inglesa de veintiséis años llamada Vivien Leigh, natural de Darjeeling (India). Fue una elección laboriosa, pero no tuvieron motivos de arrepentirse: Viv dio a la perfección la medida del carácter contradictorio y turbulento de la señorita O'Hara.

El segundo fue el respeto absoluto a la novela original. Solamente fueron suavizados en el cine ciertos detalles que podían doler demasiado. Así, se dulcificó en lo posible la actuación depredadora de las tropas nordistas; hay apenas unas citas y alguna referencia a las mismas. El único yanqui rapaz y desmandado resulta ser un desertor. Tampoco se hace mucho hincapié al hecho de que los principales personajes formen parte del Ku-Klux-Klan. Hubiera hundido la reputación de Ashley Wilkes, Frank Kennedy y el doctor Meade haberlos representado con el capuchón,

realizando incursiones nocturnas contra los negros libertos. La señora Mitchell podía justificar desesperadamente al Klan; sin embargo, hubiera encajado muy mal sobre aquellos honradísimos caballeros que aparecen en la película.

Por último está la labor de dirección colectiva que la férrea mano de Selznick impuso. Entre los guionistas estuvo un Premio Pulitzer, Sidney Howard, y un autor de la talla de Scott Fitzgerald; hubo al menos tres directores: Sam Wood, George Cukor y Victor Fleming. Pero el primer guionista y el principal realizador y montador fue David Selznick en persona. El fue el que hizo personalmente la famosísima escena de los soldados heridos y tumbados en la estación de Atlanta, una de las más impresionantes de toda la historia del cine.

Por todos estos motivos y algunos más, lo cierto es que la película aumentó aún más la popularidad de la novela. Para que todos entraran en la historia romántica, tres de los protagonistas murieron jóvenes. Gable murió a los cincuenta y nueve años con el hígado destrozado; nunca volvió a ser el mismo tras la muerte del gran amor de su vida, Carole Lombard. Vivien Leigh, que disfrutó de las antipatías de la mayor parte de sus compañeros de profesión por su forma de ser, falleció en Londres a los cincuenta y cuatro años. Por último, Leslie Howard fue derribado por los alemanes cuando volaba sobre el golfo de Vizcaya. Tenía cincuenta años y acababa de dar una conferencia en Madrid; se trasladó a Lisboa, desde donde tomó, hacia Inglaterra, el avión que habría de ser ametrallado. Hasta la propia Margaret Mitchell murió inesperadamente en un estúpido accidente de circulación.

Pero es igual. De todas formas, el sutil hechizo ya había conquistado el mundo. Para entonces la tozuda irlandesa, Escarlata O'Hara, estaba en todos los corazones. En su finca familiar de Tara, sobre la tierra rojiza, supo transmitir su filosofía de dulce olvido: como ella misma habría dicho: "Hoy no quiero preocuparme. Mañana pensaré en ello", y las preocupaciones quedaban fuera durante cuatro hermosas horas. Por eso el gran público no se decide a abandonar lo que el viento hubiera podido llevarse y que al final no pudo arrastrar. ■ R. C.



Clark Gable y Vivien Leigh con Margaret Mitchell, autora de la novela.